

el suelo, los dedos de las manos, cediendo al esfuerzo violento con que se habían cerrado, y volviendo a abrirse, ya muertos, lentísimamente por sí mismos, con aquel meñique jorobado de la izquierda, más que con todos, parecía que preguntaban:

¿Y por qué?

UN RETRATO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

—¿Esteban Conti?

—Sí, señor... Pase, siéntese.

Y la criadita me introdujo en un elegante gabinete.

¡Ah!, qué efecto tan curioso, aquella palabra «señor» dirigida a mí desde el umbral de la casa de aquel amigo mío de la primera juventud, es decir, de cuando éramos simplemente él *Nuccio*, yo *Naccio*, porque (1) (Esteban los dos) él era delgado, yo grueso. Soy un señor, ahora; calvo, además. Y Esteban Conti (no sabía entonces si calvo como yo) debía ser, él también, un señor respetable de treinta y cinco o treinta y seis años.

En aquel gabinete, mantenido en una húmeda penumbra, en la cual se había hecho ya

(1) *Estebancete* y *Estebancito* serían la traducción familiar, con que el autor nombra a estos personajes.

CAPITULO ALFONSINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

crónico el olor que anida en los lugares por largo tiempo privados de aire y luz, permanecí en pie mirando con sentimiento indefinible de pena y de fastidio los mueblecitos nuevos, lindos, colocados alrededor, pero como para no servir, y tristes de estar abandonados allí sin uso y sin vida, excluidos de la intimidad de la casa.

No estaban ciertamente esperando nunca a nadie aquellos muebles, en aquel gabinete apartado y siempre cerrado. Y el sentimiento de pena, con el que los miraba, me los hacía ver como atontados de verme entre ellos; no hostiles a mí, pero tampoco atractivos.

Habituado de mucho tiempo acá a los antiguos muebles de las casas de campo, cómodos, macizos y confidenciales, que han adquirido de la larga costumbre y de todos los recuerdos de una vida plácida y sana, casi un alma patriarcal que les hace ser amados, aquellos muebles nuevos no me parecían verdaderamente hechos para atraerse la confianza y la intimidad. Delicados, rígidos, estaban allí como oprimidos por todas las reglas de la buena sociedad, y se comprendía que no hubieran sufrido poco, ni hubieran dejado de ofenderse seriamente, por cualquiera trasgresión, aunque mínima, de aquellas reglas.

—¡Ah, viva mi tosco sofá de yute—pensaba yo—, amplio y capaz, que conoce mis sabrosos sueños de las siestas largas del verano, y no se

ofende del contacto de mis zapatones enlodados ni de la ceniza que cae de mi vieja pipa!

Pero al levantar los ojos hacia una pared, de improviso, con estupor mezclado a extraña turbación, me pareció descubrir en un retrato al óleo, que representaba un jovencito de dieciseis a diecisiete años, el mismo desagrado y la misma pena que yo sentía, aunque mucho más intensos, casi angustiosos.

Me quedé mirándolo, como si cogido en delito de traición, en silencio y sin darme cuenta, mientras yo hacía aquellas consideraciones sobre los muebles del gabinete, él hubiera abierto en la pared una ventana encuadrada en el marco del retrato y se hubiera asomado a espiarme desde allí.

—¡Eh, sí; usted tiene razón; eso es muy cierto, *señor!*—se apresuraron a decirme, no obstante, para librarme de mi apuro, los ojos de aquel jovencito—. ¡Nosotros estamos aquí tristes, muy tristes de vernos abandonados, tan solos, sin vida, en este cuartito privado de aire y de luz, excluidos para siempre de la intimidad de la casa!

¿Quién era aquel jovencito? ¿Cómo, de dónde había venido a aquel gabinete este retrato? ¿Estaba acaso antes en el antiguo salón de los antepasados de Esteban Conti, allá en la casa a donde iba yo, tantos y tantos años hace, a reunirme con mi amigo? Quizás. En aquel salón no entré yo nunca, porque Esteban me recibía

en su cuarto de estudio o en el comedor. Pero, ¿a quién representaba el retrato?

El retrato parecía de una antigüedad de treinta años, poco más o menos.

Pero, misteriosamente, y sin embargo, de un modo indudable, la vista de aquella imagen excluía que estos treinta años, desde el día en que había sido fijada en el lienzo por el pintor, hubiesen sido de algún modo de vida para ella.

Debía haberse detenido allí aquel jovencito en los umbrales de la vida. Y tenía en los ojos, extrañamente abiertos, atentos y como perdidos en una desesperada tristeza, la renuncia del que se queda atrás en una marcha de guerra, extenuado, abandonado sin socorro en tierra enemiga, y mira a los otros seguir adelante y cada vez más lejos, llevándose con ellos todo rumor de vida, tanto, que pronto en el silencio, que se le va acercando en torno, él sentirá cierta e inminente la muerte.

Ningún hombre de cuarenta y seis o cuarenta y siete años, de seguro, podría nunca abrir aquella puerta del gabinete para decir, señalando en la pared el retrato:

—Ese era yo, cuando tenía dieciseis años.

Era, sin duda, el retrato de un joven muerto, y lo demostraba claramente también el puesto que ocupaba en el gabinete, como en señal de recuerdo, aunque no muy venerado, por estar allí abandonado entre aquellos muebles nuevos, fuera de toda intimidad de la

casa: puesto, en verdad, más de consideración que de afecto.

Yo sabía que Esteban Conti no tenía ni había tenido hermanos; ni, por lo demás, aquella imagen tenía ningún rasgo característico de la familia de mi amigo, ni tampoco una sombra de semejanza con Esteban, ni con las dos hermanas de éste, casadas desde hacía mucho tiempo. La fecha del retrato, además, y la que se deducía de la indumentaria no podía hacer pensar que fuera el de algún antiguo pariente de la madre o del padre, muerto en lejana adolescencia.

Experimenté, cuando de allí a poco Esteban se presentó y, después de las primeras exclamaciones al volvernó a ver tan cambiados uno y otro, nos pusimos a evocar nuestros recuerdos; experimenté, digo, al alzar los ojos de nuevo a aquel retrato y al preguntar a mi amigo noticias de él, el extraño sentimiento de haber cometido casi una violencia, de la que debiera avergonzarme, una profanación, o más bien, una traición, que debía remorderme, tanto más por cuanto me aprovechaba de que nadie podía echármelo en cara, sino la misma conciencia mía, a la que precisamente repugnaba. Me pareció que el jovencito allí retratado, con la desesperada tristeza de los ojos me dijese, herido:—¿Por qué preguntas por mí? ¿Yo te he confiado que siento la misma pena que tú, al entrar aquí, has sentido? ¿Por

qué te sales ahora de esta cuestión y pides a otro noticias más, que yo—muda imagen tan sólo—no puedo rectificar ni desmentir?

—¡Ah!—exclamó Esteban Conti, a mi primera demanda, torciendo la cabeza y levantando un brazo, como para defenderse de la vista de aquel retrato—. ¡Por caridad, no me hables de él! Yo no puedo ni aún mirarlo...

—Perdóname; no creía...—balbuocé.

—¡No!, no imagines nada malo—se apresuró a añadir Esteban—. El daño que me hace la vista de este retrato es tan difícil de explicar... Si supieras...

—¿Es un pariente tuyo?—me arriesgué a preguntar.

—¿Parientes?—repitió Esteban Conti, refugiándose entre sus hombros, más acaso para esquivar un contacto ideal que le producía repugnancia, que por no saber cómo decirlo—. Era... era un hijo de la mamá...

Tan afligido asombro y tal embarazo se me pintaron en la cara, que Esteban Conti, enrojeciéndose súbitamente, exclamó:

—¡Ilegítimo, no; te ruego que lo creas! ¡Mi madre fué una santa!

—Pues entonces, llámale tu hermanastro—le grité casi con ira.

—Lo acercas demasiado a mí con esa palabra y me haces daño—respondió Esteban contrayendo la faz dolorosamente—. Mira, te diré; me forzaré a explicarte una difícilísima

complicación de sentimientos, que ha producido además, como ves, este efecto de que tenga yo ahí, como castigado ese retrato, cuya vista me descompone todavía... ¡después de pasados tantos años! Has de saber que yo tuve envenenada del modo más cruel mi infancia por culpa de este muchacho, muerto a los dieciseis años. Envenenada mi infancia en el amor más santo: el de la madre.

Vas a comprenderlo.

Vivíamos entonces en el campo, donde yo nací y estuve hasta los diez años, esto es, hasta que mi padre, desgraciadísimo, tuvo que abandonar la empresa de la Mandrana, que después a otros ha proporcionado honores y riqueza.

Vivíamos allí solos, como desterrados del mundo.

Pero este destierro lo comprendo ahora: entonces no me daba cuenta de él, porque no me imaginaba tampoco que lejos de aquella tierra, de aquella casa solitaria donde yo había nacido y crecía, al otro lado de las colinas que surgían grises y tristes en el horizonte, hubiese otro mundo. Todo mi mundo estaba allí, no había para mí otra vida fuera de aquélla de mi casa, es decir, fuera de mi padre, de mi madre, de mis dos hermanas y de las personas de nuestro servicio.

Yo estoy por experiencia con aquellos que

estiman funesto consejo dejar a los niños en la ignorancia de tantas cosas que, descubiertas al fin de modo imprevisto, trastornan el alma y la dañan irreparablemente. Estoy convencido de que no hay otra realidad fuera de las ilusiones que el sentimiento nos crea. Si un sentimiento cambia de improviso, se derrumba la ilusión y con ella la realidad en que vivíamos, y entonces nos vemos de súbito perdidos en el vacío.

Esto me ocurrió a mí a los siete años, por el cambio imprevisto de un sentimiento que, en aquella edad, lo es todo: el sentimiento, repito, del amor materno.

Ninguna madre, creo yo, fué tan por completo de sus hijos como lo fué la mía. Ni yo ni mis hermanas ciertamente, al verla desde la mañana a la noche a nuestro lado, toda dentro de la vida nuestra, en las largas ausencias de mi padre, nos podíamos imaginar que ella tuviese una vida por sí fuera de la nuestra. Iba, es verdad, de cuando en cuando, una vez cada dos o tres meses, a la ciudad con mi padre durante todo un día; pero creíamos que no se alejaba del todo de nosotros con aquellas idas, que nos parecían tener por objeto la renovación de las provisiones en la casa de campo. Antes, muchas veces teníamos la ilusión de haberla enviado nosotros a la ciudad por aquellos regalos y juguetes que nos traía a la vuelta. Volvía algunas veces

pálida como una muerta y con los ojos hinchados y rojos; pero aquella palidez, según nos advertían, estaba explicada por el cansancio del largo trayecto en cabriolé, y en cuanto a los ojos, ¿cómo era posible que hubieran llorado? Estaban así rojos e hinchados por el polvo de la carretera.

Sólo que una noche vimos volver a la quinta a nuestro padre, hosco, y sin ella.

—¿Y la mamá?

Nos miró con ojos casi feroces. ¿La mamá? Se había quedado en la ciudad, porque... porque se había sentido indispueta.

Nos dijo así desde un principio.

Se había sentido indispueta; debía quedarse allí por algunos días; nada de gravedad, pero tenía necesidad de curas que en el campo no podía tener.

Nos produjo la noticia un espanto tal, que mi padre, en lugar de tranquilizarnos, nos maltrató ásperamente, con una ira, que no sólo aumentó nuestro espanto, sino que nos ofendió y nos hirió como una cruelísima injusticia.

¿No debía comprender que era natural recibiésemos con espanto aquella inesperada noticia?

Pero la ira injusta y la aspereza no era contra nosotros. Lo comprendimos diez días después, cuando mi madre volvió a la quinta: no venía sola.

Aunque viviera yo cien años, no podría olvidar la llegada de mi madre, en coche, ante el portón de la quinta.

Oyendo desde el fondo de la entrada de árboles el alegre campanileo de los cascabeles, nos precipitamos abajo, mis hermanas y yo, para recibirla con gran regocijo: pero sobre el umbral del portón fuimos bruscamente detenidos por nuestro padre, desmontado rápidamente del caballo, todo polvoriento y jadeante, para prevenir de cualquier accidente la llegada del vehículo que conducía a la mamá.

¡No solal! ¿Comprendes? A su lado, reclinado en almohadas, todo envuelto en chales de lana, pálido como la cera, con estos ojos atentos y extraviados con que tú lo ves en el retrato, venía con ella este muchacho: ¡hijo suyo! Y ella estaba tan atenta a él, tan completamente de él en aquel momento, consternada tanto de la dificultad de bajarlo en brazos desde el coche sin hacerle daño, ¡que ni aún nos saludaba—a nosotros, sus únicos hijos hasta ayer—, ni aún nos veía!

¿Otro hijo suyo aquél? ¿Nuestra mamá, la mamá toda nuestra hasta ayer, había tenido, aparte de la nuestra, otra vida, fuera de nosotros, otro hijo? ¿Aquél? ¿Y lo amaba como a nosotros, más que a nosotros?

No sé si mis hermanas experimentaron lo que yo, ni en la misma medida. Yo era el más pequeño, tenía apenas siete años. Me sentí

desgarrar las vísceras, el corazón, sofocarme la angustia, ocupárseme el alma de un sentimiento oscuro, confuso, violentísimo, de odio, de celos, de asco, de no sé qué otra cosa, porque todo mi sér se había sublevado y arrebatado ante el espectáculo de aquella cosa inconcebible: ¡qué fuera de mí, mi madre pudiera tener otro hijo, que no era hermano mío, y que pudiese amarlo como a mí, más que a mí!

Sentí que me robaban la madre... No; ¿qué digo? Nadie me la robaba... Era ella, ella, la que cometía ante mí y conmigo una violencia inhumana, como si me robase ella misma la vida que me había dado, separándose de mí, excluyéndose de mi vida para dar el amor, que debía ser todo mío, aquel mismo amor que me daba a mí, a otro, que como yo, tenía derecho a él, el mismo derecho que a él tenía yo.

Todavía grito, ¿lo ves? Vuelvo a sentir, pensando en ello, la misma desesperación atroz, la misma furibunda sobreexcitación de entonces, el odio que no pudo ya nunca aplacarse, aunque después me contaran la historia lastimosa de aquel muchacho, del que mi madre había tenido que separarse cuando contrajo segundas nupcias con mi padre, no por quererlo así mi padre, sino porque mi madre fue obligada a ello por los padres del primer marido, el cual parece que, por graves desavenencias con mi madre, entonces muy joven,

después de cuatro o cinco años de tempestuosa vida conyugal, se había suicidado.

Ahora lo comprenderás tú: las raras veces que mi madre se separaba del campo hacia la ciudad, iba allí a ver a aquel hijo suyo, del cual nosotros nada sabíamos, pues él crecía lejos, en compañía de un hermano y de una hermana del primer marido. Ahora este hermano había muerto; poco después el muchacho había enfermado mortalmente y mi madre acudió a su cabecera, lo había disputado a la muerte, y apenas convaleciente se lo había traído consigo al campo, esperando hacerle recobrar la salud con su amor, con sus cuidados. Fué todo en vano; murió tres o cuatro meses después. Pero sus sufrimientos no lograron nunca suscitar en mí un movimiento de piedad, ni su muerte aplacar mis odios. Yo hubiera querido que curase, lo hubiera preferido; que él permaneciese allí, entre nosotros, para colmar con el odio que su presencia me inspiraba el vacío horrendo que quedó después de su muerte entre mi madre y yo. El verla volver al lado nuestro, después de la muerte de él, como si en adelante ella pudiese ser en absoluto nuestra como antes, fué para mí una injuria todavía mayor, porque me dió a entender que ella no había sentido de ningún modo lo que había sentido yo; y no podía, en efecto, sentirlo porque aquél para ella era un hijo también, como yo lo era.

Acaso ella pensaba: «Pero, ¿yo te amo a tí solo? ¿No amo también a tus hermanas?» Sin comprender que en el amor que ella tenía a mis hermanas estaba también yo, me sentía también yo, sentía yo que era el mismo amor que ella me tenía a mí: mientras que en el otro, no; en el amor que tenía a aquel otro vástago suyo, ¡no! Allí yo no estaba, allí no podía yo entrar, porque aquel hijo era sólo suyo, y cuando ella era de él y estaba con él, no podía ser mía ni estar conmigo.

Tú lo comprendes: no me ofendía la sustracción de amor que se me hiciera; me ofendía el hecho de que fuera suyo aquel hijo. ¡Esto, esto no sabía tolerarlo! Porque la mamá ahora no me parecía ya mía. No me parecía ya la mamá que había sido antes para mí. Otra mamá... la mamá de aquel muchacho... ¿Podía ser ya la mía de antes?

Desde entonces, créeme, te voy a decir una cosa horrenda... Desde entonces yo no me encontré más en el corazón de mi madre.

He perdido dos veces, yo, a mi madre. Pero, en realidad, no he tenido dos. Esta que se me ha muerto recientemente no era ya mi madre: mi madre verdadera, la madre de la cual se dice que no hay más que una. Mi verdadera madre, mi única madre, se me murió entonces, cuando yo tenía siete años. Y entonces la lloré de verdad: lágrimas de sangre, como no derramaré ya nunca en mi vida.

lágrimas que escaldaban y dejaban un surco eterno, imborrable.

Me las siento todavía dentro, estas lágrimas que envenenaron mi infancia; y las debo a ella. Por esto te he dicho que no puedo ni aún mirarlo. Míralo tú, amigo mío, y compadécelo también, porque, ¿ves?, reconozco que fué un desgraciado él también, acaso incomparablemente más desgraciado que yo... Pero tuvo al menos la fortuna de no vivir su desgracia, mientras que yo, no por su culpa, pero sí por causa suya, viví tantos años al lado de mi madre sin sentírmela ya en el corazón, como antes.

LA ROSA

CAPITULO ALFONSIANO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSITARIA